

horas de hastío de mi vida. ¡Vosotras. inmortales de toda inmortalidad, que no habéis podido ser crucificadas en el monte de la redención, ni reducidas á cenizas en el incendio de la biblioteca de Alejandría, cuando, en el último día, este artefacto de arcilla llamado globo terráqueo, sea roto en pedazos, y con alguno de sus restos el sublime Alfarero de las cosas lo vuelva á crear de nuevo, ó ese mundo venidero será un charco de ranas, ó si ha de haber en él algún hombre que lo dignifique con sus plantas, vosotras seréis las que con vuestro aliento le inspiraréis la poesía, la pintura, la música, etc.; es decir, el alma, lo que cree el señor Valera que es inútil, *que no sirve para nada!*

Y después de besaros con amor en la frente, permitid que también bese las manos al señor don Juan Valera con el respeto mismo que si fuese vuestro divino maestro el dios Apolo.

C.



SOBRE LO INÚTIL DE LA METAFÍSICA

Y DE LA POESÍA

A don Ramón de Campoamor:

Mi querido amigo: Yo no quiero cansar al público con interminable polémica, en la cual no atinaré á poner de mi parte, ni la amenidad urbana que requiere la belleza del asunto, ni la novedad discreta que no raya en extravagancias. Yo estoy muy decadente, averiado y viejo, y más que para exhibido, para mandado recoger; pero las acusaciones bajo cuyo peso me deja usted

en su artículo publicado en *La España Moderna* del mes de Mayo, son tan terribles y abrumadoras, que necesito defenderme y demostrar mi inocencia.

Lo haré con alguna extensión, porque tengo mucho que decir y no puedo hacerlo en pocas palabras; pero con esta carta que á usted dirijo, daré la cuestión por suficientemente discutida, y nada más replicaré, aunque usted siga acusándome de que no me divierte sino lo que es *pecado mortal*: de *reñir con los amigos*, de *descalvar reyes*, de *cometer asesinatos* y de igualar á los hombres con los cerdos y á los niños con los lechones.

Es evidente que usted no me ha entendido, y por eso me cree reo de tantos abominables crímenes, de ninguno de los cuales me remuerde la conciencia.

Cuando usted no me ha entendido, siendo tan buen entendedor, es porque yo no me he explicado bien hasta ahora.

Veamos si ahora me explico.

El tema de nuestra discusión, si usted y yo no nos hubiéramos metido en honduras tomando ocasión del tema, se hu-

biera agotado en seguida, dejándonos de acuerdo.

El Director de la Revista *El Ateneo* dijo en el prospecto que insertaría en sus páginas artículos en prosa sobre toda clase de asuntos, y que no *desdeñaría la poesía*. Harto bien hemos entendido usted y yo lo que quiso decir. No valía la pena de convertirnos en dómines y de disputar sobre si lo dijo mal ó bien. Bastábanos saber que en lo que quiso decir llevaba la intención más sana.

Los fabricantes de versos abundan y han abundado siempre. Nada más fácil que hacer versos malos. Lope veía en su tiempo, y nosotros seguimos viendo en el nuestro,

«En cada esquina cinco mil poetas.»

La frase del Director de la Revista, *sin desdeñar la poesía*, es evidente que iba dirigida á todas las esquinas y á los cinco mil poetas que en cada esquina hay, asegurándoles con indulgencia benigna que él no los desdeñaba, y algo también tomaría de ellos para su periódico, pro-

curando que fuese lo menos malo y fastidioso.

El Director pensaba, pues, que no debe abusarse de los malos versos, y esto mismo piensa usted y pienso yo. Si aquí nos hubiésemos parado, no hubiera habido divergencia. Fuimos, no obstante, más allá, y la divergencia y la polémica empezaron.

Es innegable que no conviene publicar malos versos; pero ¿conviene publicar mala prosa? Aquí está el origen de nuestra cuestión.

Yo convengo con usted y con toda persona razonable, en que hay mucha mala prosa, en que debe publicarse la menos mala prosa posible, y en que hay más número de malos prosistas que de malos poetas. Lo que justifica, á pesar de esto, la frase *sin desdeñar la poesía*, es que la poesía, siendo mala, puede desdeñarse, y la prosa no. Lo indispensable, lo inevitable no puede ser desdeñado. Yo podré exigir y mandar que en mi casa, ó no se baile, ó se baile bien; pero será delirio exigir y mandar que no se ande. Lo mismo cabe decir del canto.

Como cantar no es necesario, sin ser yo loco ni enemigo de la música, puedo prohibir que alguien cante en mi casa, como no cante divinamente; pero no puedo prohibir que hablen, ni dejar mudos á mujer, hijos y sirvientes.

Es menester que en mi casa se trate de la cocina, del lavado y planchado de la ropa, de los muebles, de todo lo tocante, en suma, al gobierno doméstico; pero ¿qué necesidad tiene nadie, ni en mi casa ni en ninguna casa, de hablar en verso ni de tratar de metafísica?

Discurriendo así, y suprimiendo ahora gran parte del proceso de mi discurso á fin de no cansar, vine yo á inferir que la metafísica es ciencia inútil, y arte inútil la poesía.

Este es mi crimen. Esto es lo que ha enojado á usted contra mí. Voy á defenderme y á justificarme.

Hablaré primero de la metafísica, á fin de despejar el campo, y discurriré luego acerca de la poesía.

Si por metafísica hemos de entender ciertos principios fundamentales que se tienen por inconcusos, ó lo son, y sin los

cuales no se concibe sociedad humana, ni civilización, ni leyes, ni derechos, ni deberes, ni moralidad, ni orden, la metafísica, lejos de ser inútil, es útil, es necesaria, es indestructible, es condición *sine qua non* de la vida social de nuestro linaje; pero esta metafísica es precientífica, es instintiva, es irreflexiva, natural y espontánea: se acepta por fe y no por raciocinio, y suele apoyarse y mostrarse con toda autoridad é imperio en las religiones. No fué de esta metafísica de la que hablé yo al calificar la metafísica de inútil. Yo hablé de la metafísica científica ó filosófica: de la filosofía fundamental ó primera. Y de ésta dije, y repito ahora, que es inútil en cierto alto sentido: que es un lujo del espíritu, algo superior y exquisito, sin lo cual (y esto prueba su inutilidad) han florecido grandes imperios y poderosas repúblicas, y se han formado sociedades cultas que han durado millares de años.

En el antiguo Oriente no hay ni huella ni señal de filosofía, salvo en la India, y algo, muy poco, en China.

En Europa, durante la clásica antigüe-

dad, no hay más que la filosofía griega. Roma era ya señora del mundo, había llegado á la cumbre de su grandeza y de su gloria sin que de las letras latinas saliese ninguna luz de filosofía. Ciceron lo afirma á los 68o años ó más de la fundación de Roma. *Philosophia jacuit usque ad hanc aetatem nec ullum habuit lumen litterarum latinarum*. Y si después de Cicerón y de Varrón, á quienes contamos entre los filósofos, florecen Séneca, Ausonio, Marco Antonino, Severino Boecio y otros, todo ello, dejando á salvo el mérito individual de cada uno de tan egregios varones, no es en conjunto sino un reflejo más ó menos brillante de la griega filosofía.

Hasta el lenguaje usual y corriente corrobora mi aserto. Disuena en el oído la expresión *filosofía latina* ó *filosofía romana*.

Lícito es, pues, inferir que en el mundo antiguo, ó sea durante miles de años, sólo hubo dos pueblos que filosofaron: los indios y los griegos; y otros dos que semi-filosofaron, ó sea que tuvieron, el uno, el chino, cierto asomo de filosofía, y el

otro, el romano, cierto reflejo ó traspunto.

Yo confieso que las naciones modernas de Europa han filosofado mucho más. Ilustradas todas por una religión muy metafísica y por el recuerdo de la filosofía griega, comentaron su religión filosofando. De aquí en los siglos medios, cuando las nacionalidades no estaban aún bien determinadas, una filosofía indistinta, sin carácter nacional, expresada casi siempre en el mismo idioma, y, si bien rica de variedad y fecunda, con notable unidad en el conjunto.

Cuando más tarde las modernas naciones de Europa marcaron mejor sus diversas fisonomías, se valieron del propio idioma para los asuntos más elevados del espíritu y mostraron sus respectivas condiciones y sus modos de ser, se pudo notar y se notó que no era menester que todas filosofaran, y que las más de las naciones vivieron sin filosofía.

Esta es la hora en que no hay—al menos yo no he oído hablar de ellas—ni filosofía rusa, ni filosofía polaca, ni filosofía

húngara, ni filosofía turca, ni filosofía portuguesa.

Por esos mundos las gentes se obstinan aún en afirmar que no ha habido tampoco filosofía española. De poco tiempo acá, unos cuantos aficionados, movidos por el amor á la filosofía y por el amor propio nacional, hemos salido, cada cual según sus fuerzas, á defender la existencia de la filosofía española. Valerosos campeones ha tenido y tiene aún esta afirmación en usted, en Canalejas, en Gumersindo Laverde, en Vidart, en Menéndez y Pelayo, en Adolfo de Castro y en otros. Pero ¿hemos convencido á los incrédulos? Me temo que no. Los efectos no se notan todavía. En todas las historias que he hojeado yo, y son bastantes, de la filosofía, del progreso del pensamiento humano, del desarrollo intelectual, de la civilización, etc., la pobre España entra por poco ó por nada como filósofa.

Por lo visto, según los autores de los mencionados libros, la filosofía, valiéndonos de un símil *economístico*, sigue siendo en España artículo de importa-

ción. Tal vez, á lo más, es como tela extranjera, que viene en blanco y aquí se estampa ó pinta, ó como cañamazo extranjero también, que aquí se borda, sirviéndonos además, para el bordado, de dibujo extranjero.

Si acudo á otro símil tomado del tecnicismo médico, acaso explique yo mejor el concepto que de nuestra capacidad filosófica se forma fuera de España. La filosofía en España es esporádica, y no endémica. No estamos inficionados de ella; pero se dan casos aislados y dispersos.

Como quiera que sea, no veo yo que coincidan la capacidad filosófica y la grandeza, prosperidad y poder de las naciones. Tal vez la nación hoy más rica, poderosa y respetada en el mundo sea Inglaterra, y es evidente que Inglaterra no resplandece en primer lugar por su filosofía, entendiendo por filosofía la fundamental, la metafísica, la primera, y no llamando filosofía todo saber de observación y de experiencia de hechos y de fenómenos, ya externos, ya internos.

Prueba lo que digo el soberbio desdén

con que los autores ingleses que más crédito adquieren suelen tratar toda doctrina especulativa. No quisiera yo equivocarme y levantar falso testimonio á Buckle, cuya obra no tengo á la mano; pero me parece recordar que considera que ya es y será siempre más influyente en la civilización del mundo la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith que los Evangelios.

Macaulay, el sensato é ilustre Macaulay, no es mucho menos adverso á la filosofía especulativa, á la metafísica, cuya inutilidad proclama. Y entiéndase que esta inutilidad que le atribuye Macaulay no es la que yo le atribuyo, sino otra que tira á rebajarla.

En el *Ensayo* sobre Bacon del citado autor, se ve el desprecio más profundo hacia la metafísica. Platón, Aristóteles, Santo Tomás, fueron unos señores poco juiciosos, que malgastaron el tiempo en mil inútiles cavilaciones, "en exponer teorías de perfección moral tan sublimes, que jamás pudieron pasar de teorías, y en tratar de descifrar enigmas que no podían descifrarse.," No sólo era

inútil la filosofía, sino que, cuando alguien por error la elogiaba de útil, el buen filósofo se revolvía contra el elogio como contra un insulto. Séneca dice (y Macaulay le cita para sacarle á la vergüenza): "En mi tiempo ha habido muchas invenciones; ventanas transparentes, tubos para difundir por igual el calor en todas las estancias de un edificio, escritura abreviada, tan perfecta que el que escribe puede seguir al orador más rápido; pero el inventar tales cosas es faena de viles esclavos." Y más disgustado aún mi paisano, el filósofo cordobés, de que se quiera conceder á la filosofía el diploma de inventora de cosas útiles, añade: "Pronto nos van á decir que el primer zapatero que hubo fué un filósofo." A lo cual replica Macaulay: "Por mi parte, si me obligan á escoger entre el primer zapatero y el autor de los tres libros *Sobre la ira*, escojo al zapatero. Acaso sea peor estar colérico que andar descalzo; pero los zapatos han impedido que millones de hombres anden descalzos, y yo dudo que Séneca haya impedido á nadie que esté colérico."

En suma: todo el *Ensayo* de Macaulay en elogio de Bacon es una diatriba contra la filosofía especulativa, no se puede negar que muy chistosa, pero fundada en la inutilidad de la filosofía, que es el mayor encomio que de la filosofía se hace y puede hacerse, entendida la inutilidad como conviene que se entienda. ¿Para qué he de lucir aquí fácil erudición de segunda mano? Yo remito á usted al mencionado *Ensayo*, á fin de que vea en los textos aducidos que Platón, Sócrates y Plutarco creyeron, como yo, y en el mismo sentido que yo, inútil la filosofía.

La filosofía baconiana, esto es, la filosofía útil, la negación de la filosofía, es la que Macaulay aprecia. La filosofía especulativa, la metafísica, es para el crítico inglés como la flecha de Acestes, que pretende llegar á las estrellas, deja en el aire un rastro luminoso, y se deshace en el aire sin tocar en el blanco.

*Volans liquidis in nubibus arsit arundo
Signavitque viam flammis, tenuisque recessit,
Consumta in ventos...*

No me incumbe defender ahora de ta-

les ataques á la filosofía primera, que usted estima tanto. Sólo me incumbe demostrar su inutilidad en cierto alto sentido; y su inutilidad queda demostrada en lo que se refiere á lo práctico y vulgar de la vida. Cuando un filósofo ha inventado algo útil, ha sido, no por ser filósofo, sino á pesar de serlo, rebajándose á menesteres plebeyos y ruines.

Casi todas las definiciones que se dan de la filosofía afirman esta inutilidad, que yo venero, que Bacon y Macaulay desprecian, y que usted niega escandalizado. Pitágoras fué el primero que definió la filosofía, *un asemejarse á Dios en cuanto al hombre es posible*. Platón dijo que era *meditación de la muerte*, y San Jerónimo, que su propósito consistía en *sacar de la cárcel del cuerpo la nitida libertad del alma*.

Abro cualquier compendio de filosofía, miro las primeras páginas, y veo que el autor está de acuerdo conmigo. La ciencia es útil porque tiene ó busca el conocimiento de las cosas, y conociéndolas, nos podemos servir de ellas. La religión es más que útil; es indispensable, porque

muestra y sostiene por fe los principios fundamentales del orden social; pero la metafísica, que propende á conocer por la razón estos principios, no es útil en la práctica; es un lujo que sólo conviene que gasten los ricos.

Usted y yo somos liberalísimos en todo; y así como no abogamos por el restablecimiento de las leyes suntuarias, ni clamamos porque no vayan en coche los que carecen de caudal para sostenerle, sino que dejamos á cada cual que se arruine, si quiere, por darse charol, así también queremos libertad para que filosofe ó imagine que filosofa todo el que quiera, hasta el más desprovisto de enjundia filosófica. Esta libertad, que nosotros pedimos ó tomamos sin pedirla, la concedemos á los demás generosamente..., *petimusque, damusque vicissim*.

Usted y yo distamos de creer funesta la manía de pensar. Es más: ni siquiera la creemos manía, sino actividad imprescindible de nuestro ser. El pensar es más necesario que el andar, como la cabeza es más necesaria que las piernas para la vida. Si cortamos á un hombre las pier-

nas, puede vivir, y ya no anda; pero si le cortamos la cabeza, no piensa, pero tampoco vive. Lo dicho es tan evidente, que Perogrullo no dictó jamás sentencia mejor. Lo discutible para todos, y lo erróneo para mí ó en mi sentir, es valerse de tal perogrullada como premisa para deducir la utilidad ó la necesidad de la filosofía; porque si toda filosofía es pensamiento, no todo pensamiento es filosofía, y mucho menos filosofía primera ó metafísica.

Y no ya sólo los pensamientos burdos y groseros, sino bastantes pensamientos sutiles, alambicados y finos, no suelen llegar á ser filosóficos, ni menos metafísicos. Y de aquí que á muchos hombres que piensan con sutileza y finura sin llegar á ser filósofos, los llamen *pensadores*, palabrilla muy socorrida.

Augusto Comte y los de su escuela han atribuido á la metafísica cierta utilidad, inmensa en sentir de ellos, y tanto que han dividido la historia de la humanidad en tres grandes épocas, y en una de las tres suponen que ha imperado la metafísica. La primera época es teológi-

ca ó religiosa. Viene luego la metafísica, destrona á la religión é impera en lugar suyo. Y, por último, acuden las ciencias, echan á rodar á la metafísica, y ya sin metafísica y sin religión, la humanidad es dichosa y toda ella positivista, adorándose á sí propia y adelantando más cada día.

A usted y á mí nos parece tan disparatado este simétrico desenvolvimiento del espíritu humano, que ni merece refutación. Lo que vemos es que la religión conserva su imperio, aunque la incredulidad impía procura extender el suyo, y algo consigue apoyándose en las ciencias de observación y experimentales para negar lo sobrenatural, y toda religión por consiguiente. Y vemos asimismo que la metafísica, en el estrecho y escogido círculo de personas que la cultivan, vive é impera aún, sin que la religión quiera destronarla ni la destrone, y sin que la destrone ni quiera destronarla tampoco la verdadera ciencia, sino la falsa ó la vanidosa y de cortas miras.

¿Cómo he de negar yo que ha habido y hay sistemas filosóficos antirreligio-

sos? Pero son más los religiosos. Lejos de ser la metafísica la destructora de las religiones, creo notar en la Historia que cuando, ó una religión nueva, ó un imaginario ó real conocimiento experimental de las cosas naturales ha destruido en parte ó en todo la fe en una religión, la metafísica se lanza á salvar á esta religión y á resucitar la fe en ella, procurando conciliarla con la razón y encerrarla dentro de sus límites. No afirmo que la metafísica lo haya conseguido. Los neoplatónicos no salvaron el paganismo: los tomistas no salvarán en nuestra edad la religión cristiana. Ella se salvará por su propia fuerza. La metafísica no tiene fuerza para salvarla, como tampoco la tuvo para destruirla. Su inutilidad sublime resplandece también en esto. Dirán algunos, por ejemplo, que Hegel, al explicar el cristianismo como un sistema de símbolos que esconden por estilo figurado la propia doctrina del filósofo, la identidad de Dios y del hombre, el proceso de la idea, sus momentos y evoluciones, mata la religión, en vez de salvarla; pero no es así. Hegel no mata la

religión sino en su alma y en otras almas donde ya estaba muerta; pero en todas estas almas levanta el concepto de la religión, en vez de empequeñecerle. Quien llega burdamente á ser irreligioso, y así llegan los más, considera la religión de que es apóstata como una sarta de desatinos sin ningún racional significado. Así los que, como Ingersoll, se persuaden de que Moisés sabía menos química, menos astronomía y menos geología que ellos, ó los que, como Renan cuenta de sí mismo, entienden que hallan, en recompensa sin duda de haberse hartado de estudiar hebreo y otros idiomas orientales, que ciertos versículos proféticos de Daniel ó de Ezequiel se interpolaron después de cumplirse la profecía.

Para éstos, si carecen de metafísica, la religión muere. La metafísica no la mata. La metafísica ve en ella, puesto por la fe, el más espléndido y rico contenido. Aspira á explicarlo por la dialéctica; á hallar la identidad completa entre lo ideal y lo real; á que la doctrina reflexiva y esotérica explique el sentido profundo de lo exotérico, de los símbolos,

mitos y leyendas, y á que el dogma de la fe sea igual al dogma de la razón. Soberanos ingenios consagran sus afanes á este propósito, y á no pocas personas se nos antoja que le realizan. Los admiramos, los aplaudimos con entusiasmo. La ecuación es perfecta, y no hay idea, sentimiento alto, misterio ni ley que no esté en cada uno de los términos de la ecuación: en un término explicados y en el otro creídos; pero ¡oh infortunio!, analizamos y simplificamos un término y otro, restando de las cantidades positivas las negativas, y resulta la ecuación $0=0$. La incógnita que anhelábamos despejar, ó queda incógnita, ó es cero también: todo se reduce á formas huecas, sobre las cuales viene á colocarse la *categoría de lo ideal* como forma igualmente vacía.

De resultas de este trabajo, aunque la religión es inmortal, se nos aparece como muerta; y la metafísica, aunque es inocente, se nos representa como autora del asesinato, y muerta también.

Entonces sobrevienen el llanto y las lamentaciones de algunos metafísicos sentimentales como Renan. El duelo que

Renan arma tiene algo de cómico. Él mismo imagina que ha contribuído á la muerte de la religión y de la metafísica; se pone muy afligido, y sigue matando. Es como aquel rey de un cuento oriental que había prometido á su hija, la princesa Turandot (que para Renan es la ciencia), matar á todos los príncipes que quisiesen casarse con ella y no descifrasen sus enigmas. El rey tenía ya horrendamente adornados los paseos públicos de su capital con cabezas cortadas, puestas en sendos postes; y estaba hecho un mar de lágrimas, y seguía cortando cabezas de cuantos príncipes se encontraban á su alcance. ¡Tan fiero é ineludible era el compromiso que con la princesa Turandot había contraído!

El llanto nada remedia. Ni yo lloro, ni aconsejo á nadie que lllore. Convengo, no obstante, en que el momento es pavoroso y lúgubre. Se piensa que nos hemos quedado sin religión y sin metafísica. No hay más que empirismo, ciencias: pero los científicos andan buscando la *ciencia*; esto es, que, renegando de la metafísica, la buscan para colocarla en el trono

como reina, ya que la ciencia que buscan, y que enlaza y funda las ciencias, ó es metafísica, ó no es nada.

Medité usted sobre lo que dejo dicho, y sacará varias consecuencias, todas en favor de mi parecer y aclarándole.

Ahora, cuando más se niega la metafísica, es cuando más se la busca. Estamos como en un período constituyente de la república de las ciencias. Éstas se rebelaron contra su reina antigua y la destronaron. Sin darse tal vez cuenta de ello, andan buscando reina nueva. Durante la revolución, se levantan y caen poderes efímeros; todo es inestable. Pero la revolución no ha de durar siempre. Al fin, el período constituyente será menester que se cierre. Para ello vendrá al cabo una metafísica poderosa que se ciña la corona y empuñe el cetro.

Todo esto demuestra que la metafísica no es de uso diario, no es útil sino de tarde en tarde. La luz que vierten sobre la humanidad dos grandes metafísicos, Platón y Aristóteles, se proyecta por toda la prolongación de veinte siglos; llega hasta nuestros días; se infunde en las

creencias, informa las leyes, organiza y da unidad al saber. Plotino, Proclo, San Agustín, San Anselmo, Luis Vives, Descartes, Espinoza, Kant, Schelling, Hegel, en suma, veinte ó treinta nombres, veinte ó treinta individualidades más, bastan á explicar toda la filosofía primera en lo que ha tenido de útil en sentido supremo, en lo que ha tenido de influyente en la dirección y marcha del espíritu humano. Para y en los demás hombres la filosofía primera, ó no se da, ó, si se da, ya es como ciencia de adorno, y entonces no es útil, aunque deleite y satisfaga la vanidad, ya es un estímulo ó aguijón clavado en el alma, y que no podemos arrancar de allí donde nos duele y atormenta con dudas y dificultades insuperables.

¿Quién no se hace las siguientes preguntas? ¿Tengo yo ó sé yo filosofía? Y si la tengo, ¿de qué me ha valido? ¿He cuidado mejor de mi hacienda, he adelantado más en mi carrera, he ganado mucho dinero con mi filosofía? Los grandes filósofos, al través de los siglos, con influjo trascendente y remoto, quizá gobiernen